

CARA Y SELLO DE UNA CRISIS

La profunda crisis de la arquitectura chilena es una sola, pero se manifiesta en dos vertientes reflejas: una, filosófica, la frustración del pensamiento creador; otra, práctica, la forzada inactividad profesional.

En la primera condición, asistimos a la evidencia de una postura evasiva, inconsistente y frustrada ante los permanentes problemas de mayor trascendencia que asaltan la conciencia del arquitecto: vivienda, ciudad, identidad ideológica, responsabilidad profesional, ética de actuación, destino de la formación académica, etc.

Bajo su forma más típica, eludir los inquietantes temas de nuestra cultura profesional significa renunciar a la racionalidad propia del método del arquitecto, buscar refugio en la neutralidad ante las situaciones contingentes, huir hacia los caminos del historicismo romántico, el manierismo formalista o una retórica creativa grandilocuente y ficticia. Lo que no excluye que esa fuga pueda presentarse, a veces, bajo las formas más rutilantes y atractivas de incitación, en especial para los sectores más jóvenes de lo profesional.

El último concurso de la Plaza Baquedano representa, con la salvedad y el respeto que merece el trabajo de los colegas, un dramático signo de lo que está ocurriendo. Los arquitectos hablaron públicamente, concitando el interés ciudadano, de su concepción acerca de la plaza como espacio cívico y humano a escala de la ciudad. Pero luego, con su fallo contribuyeron a premiar una solución técnica de pura ingeniería vial, propósito que la propia naturaleza del concurso, había descartado, sin embargo lo más confuso ocurre cuando a continuación del premio, distinguen un grupo de proyectos heterogéneos tan distanciados de la realidad chilena como si fuesen ejemplos de arquitectura-ficción a nivel planetario. O sea; primero reconocen que la arquitectura no tiene respuesta factible y, en seguida, que sus mejores propuestas son de puro ilusionismo romántico, jugueteo formal o abstracción geométrica.

Y así, mientras se quiebran unas lanzas hipotéticas y académicas de duelo entre racionalistas y post-modernistas y hacemos venir a un Aldo Rossi quién, tal vez tenga mucho que decir en el momento disolutivo que viven las culturas urbanas europeas pero nada acerca de la degradación de las nuestras; nos deslizamos por la pendiente de la peor crisis de trabajo de la historia de la profesión en Chile. No tener nada que hacer y lo que es peor ninguna influencia o proyección, en cuanto gremio, en lo poco que aún se hace . . .

Tal vez no valga la pena ilustrar con cifras el hecho demasiado conocido de que arquitectos y planificadores urbanos tengan sus oficinas cerradas, paralizadas o subastadas y que, la cuarta parte apenas del cuerpo profesional, aún activo, se mantenga por su condición de funcionarios públicos reducida a tareas administrativas.

Todos sabemos que los concursos, licitaciones y otras opciones que suelen poner en marcha los tableros de proyectos, no son por ahora, más que formas disfrazadas de cesantía, en razón de sus altos niveles de gastos, montos exiguos, despiadada competencia y escasa garantía de cualificación profesional.

Sin embargo, detrás de esta crisis de profesión que nosotros percibimos en primer plano, hay un gran telón de fondo de empresas paralizadas y endeudadas hasta la quiebra, y dos terceras partes de la masa trabajadora de la construcción, en paro. Hay, también, una dura lucha de supervivencia entrelazada en diferentes sectores: empresarial, técnico, sindical, la cual o no alcanzamos a divisar o pensamos que no nos concierne.

De esta manera, se perfilan las dos caras típicas de una misma moneda recesiva. A la desaparición del trabajo la actuación profesional y la gravitación del arquitecto en su medio ambiente, corresponde la ausencia de grandes preocupaciones y debates que otrora unieron o dividieron con pasión generaciones de estudiantes y agremiados: el plan habitacional de Chile, la formación del arquitecto, el destino de la ciudad, nuestras reales opciones tecnológicas y muchos otros temas que pertenecen al recuerdo.

Pero la moneda no queda en blanco, porque ha de reflejar los nuevos símbolos. La cara del pensamiento creativo la rellenas con renovadas nostalgias paladianas o toescanas. Para las preocupaciones más pragmáticas, reservamos el obsesivo debate económico-financiero y para el quehacer cotidiano del arquitecto, diversas gimnasias: bancarias, burocráticas o judiciales.

He ahí la recesión arquitectónica en su verdadero rostro de esterilidad, evasión y frustración. A este círculo vicioso ingresamos cada año un 10% más de nuevos contingentes titulados, lo cual por el momento no parece inquietar a nadie a nivel de conducción superior de la educación.

La primera pregunta sería: ¿Cómo pudimos llegar a esta situación? ¿Quién tiene la culpa? Algunos culparán al sistema, esa economía de mercado impuesta a rajatabla, otros a la conducción errónea de la misma. La recesión internacional, el consumismo, la crisis de la arquitectura y el urbanismo de nuestra época, etc. Tal vez todos los factores tengan algo que ver con los resultados, pero no es la pregunta más importante a formular, sino: ¿Cómo salir?

Por supuesto, nadie tiene todas las claves ni siquiera la autoridad o Estado, como muchos piensan. Sin embargo, hay una clave que parece pertenecer a todos y se llama "participación".

En la medida que los problemas se hacen más acuciantes cada vez más amplios sectores de la comunidad nacional comienzan a expresarse y romper los límites de silencio o aislamiento que precedieron a la crisis. Nuevos cauces de participación legal y constitucional se abren a la acción de grupos y comienza a surgir un gran debate nacional cuyas voces, sin duda serán escuchadas.

Sólo esta avasalladora unificación de voluntades, bajo la forma de un vasto proyecto colectivo, con participación de todos los chilenos, sin excluir a los ausentes, será capaz de vencer la recesión que nos acosa por dentro y fuera del cuerpo social. Si el pacto se cumple, no importan las discrepancias o diferencias de intereses. Ellas siempre existirán, es más, serán necesarias para matizar las opciones de solución.

Los arquitectos también tendremos que hacernos presente en todos los niveles de acción comunitaria que señala esta universal disciplina, si queremos romper nuestra propia crisis. Para eso están las facultades universitarias, los órganos de acción colegiada, las estructuras gremiales, los medios de difusión y hasta los más modestos proyectos de cada profesional que todavía es capaz de escuchar el desafío de su conciencia social. Ha llegado la hora de preguntarnos, con la mayor honestidad, si estamos preparados para esa prueba.

A.S.S.

